

CARTA PASTORAL DEL OBISPO DE CÓRDOBA ANTE LA BEATIFICACIÓN DE 498 MÁRTIRES DE LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA EN ESPAÑA (1934-1939)

A los sacerdotes, consagrados,
seminaristas y laicos de la Diócesis

QUERIDOS
HERMANOS Y
HERMANAS:

Como bien sabéis, el próximo 28 de octubre tendrá lugar en Roma una ceremonia absolutamente singular, la beatificación de 498 mártires de la persecución religiosa en España (1936-1939), la más numerosa sin duda en toda la historia de la Iglesia. Los nuevos beatos forman parte de veintitrés causas promovidas por distintas congregaciones religiosas y por las Diócesis de Toledo, Ciudad Real y Cuenca, estas dos últimas encabezadas por sus Obispos de entonces, D. Narciso Esténaga Echevarría y D. Cruz Laplana y Laguna respectivamente. Con esta ceremonia la Iglesia no pretende reabrir viejas heridas, ni saldar las cuentas pendientes de quienes murieron perdonando a sus enemigos. Sólo pretende cumplir con un deber de justicia y gratitud, honrar a nuestros mártires, poner ante la mirada de toda la Iglesia el heroísmo y la fortaleza de quienes murieron por amor a Jesucristo, y mostrar a los cristianos de hoy el testimonio de su vida cristiana vivida hasta sus últimas consecuencias. “*Lo necesitamos –decíamos los Obispos en el mensaje que os dirigimos el pasado mes de abril– de modo especial en estos momentos en los que, al tiempo que se difunde la mentalidad laicista, la reconciliación parece amenazada en nuestra sociedad. Los mártires que murieron perdonando son el mejor aliento para que todos fomentemos el espíritu de reconciliación*”¹.

I. Mártires nacidos en la Diócesis de Córdoba.

1. Entre los futuros beatos se cuentan veintisiete mártires vinculados a nuestra Diócesis². Siete nacieron en ella, todos ellos incluidos en la causa promovida por la Sociedad de San Francisco de Sales (Salesianos). De ellos, cuatro fueron sacerdotes y miembros del citado instituto. Resumo brevemente los datos fundamentales de sus biografías:

– **P. Antonio Torrero Luque.** Nació en Villafranca de Córdoba el 9 de octubre de 1888. Profesó en la Congregación salesiana el 8 de diciembre de 1907. Religioso de gran corazón y sumamente sacrificado, trabajó sin descanso por la formación de la juventud pobre y abandonada. Predicador infatigable, fue apóstol solí-

cito de la devoción a María Auxiliadora. Cuando estalló la persecución religiosa, era director del Colegio salesiano de Alcalá de Guadaíra. Allí fue martirizado en la tarde del 24 de julio de 1936.

- **P. Antonio Mohedano Larriva.** Nació en Córdoba el 14 de septiembre de 1894. Emitió sus votos religiosos en septiembre de 1914. Fue director de las Escuelas salesianas de Ronda (Málaga). Sufrió el martirio en dicha ciudad el día 2 de agosto de 1936, dando pruebas de honda piedad y de una admirable serenidad.
- **P. Antonio Fernández Camacho.** Nació en Lucena el 22 de octubre de 1892. Profesó en la Congregación salesiana en septiembre de 1909. Fue apóstol de la Eucaristía y de la devoción a María Auxiliadora. Recibió la palma del martirio en Sevilla el 20 de julio de 1936, siendo el primer mártir salesiano en Andalucía.
- **P. Miguel Molina de la Torre.** Nació en Montilla el 17 de mayo de 1887. Profesó en la Congregación de San Juan Bosco en mayo de 1913. Le sorprendió la persecución religiosa en Ronda donde estaba destinado. Fue martirizado en la mañana del 28 de julio de 1936.

2. En el grupo de siete mártires nacidos en la Diócesis ocupan un lugar destacado el sacerdote diocesano Antonio María Rodríguez Blanco, la madre de familia Teresa Cejudo Redondo y el joven Bartolomé Blanco Márquez, todos ellos cooperadores salesianos. **D. Antonio María Rodríguez Blanco** nació en Pedroche el 26 de marzo de 1877. Inició sus estudios en el Colegio salesiano de Utrera (Sevilla). De allí pasó al Seminario de San Pelagio de Córdoba. Ordenado sacerdote el 6 de abril de 1901 por el Obispo José Pozuelo y Herrero, después de obtener la licenciatura en teología en Sevilla, ejerció el ministerio sacerdotal en su pueblo natal, en el Seminario de Córdoba como profesor y, desde junio de 1905, como párroco de Santa Catalina de Pozoblanco. Se distinguió por su honda vida interior, celo apostólico y caridad con los pobres, por su dedicación al confesionario, a la catequesis y a los enfermos y por su amor filial a la Santísima Virgen en su doble advocación de Ntra. Sra. de Luna y Auxiliadora de los cristianos. Fue además muy querido por los fieles. Trabajó sin descanso para que la familia salesiana fundara en Pozoblanco en el año 1930. Fue detenido el 16 de agosto de 1936 y martirizado en esa misma fecha, mientras oraba por sus perseguidores. Pidió morir abrazado a la cruz situada en el centro del camposanto de Pozoblanco. “*A vuestra disposición. Que Dios os perdone*

como yo os perdono”, fueron sus últimas palabras. Tenía cincuenta y nueve años. Sus restos mortales están enterrados en una fosa común en el citado cementerio³.

3. **Teresa Cejudo Redondo** nació en Pozoblanco el 15 de octubre de 1890. Estudió en el Colegio de las religiosas Concepcionistas. Contrajo matrimonio con el arquitecto Juan Caballero Cabrera en abril de 1925 y fue madre de una niña. Fue ejemplo de esposa y de madre. Fue presidenta de las Mujeres de Acción Católica, de las Conferencias de San Vicente de Paúl y de las Marías de los Sagrarios. Fue también una activa cooperadora salesiana. Cuando en julio de 1936 se desató la persecución religiosa, se ofreció al Señor como víctima por el triunfo de su causa. Seis días después del asesinato del párroco D. Antonio María Rodríguez Blanco, el 22 de agosto de 1936, fue detenida por su condición de católica comprometida. Después de despedirse de su familia, fue conducida a prisión. Allí se mantuvo serena y tranquila, animando a quienes con ella estaban en la cárcel y dando un ejemplo sublime de caridad. Fue juzgada el 16 de septiembre, acusada de propaganda política contra las ideas marxistas, a lo que ella respondió: “*No ha sido por defender al capital, sino la ley de Jesucristo*”. Fue condenada a muerte, junto con otras diecisiete personas católicas. Después de despedirse de sus dos hermanas y de abrazar a su hija, el 20 de septiembre fue ejecutada. Quiso ser la última en morir para poder animar a sus compañeros de martirio con la esperanza de la vida eterna. Se negó a que le vendaran los ojos, pues no temía a la muerte. “*¡Os perdono, hermanos! ¡Viva Cristo Rey!*” fueron sus últimas palabras. Tenía cuarenta y cinco años. Sus reliquias se guardan en la capilla del colegio salesiano de Pozoblanco. Unos días antes, su marido había sido asesinado en Valencia⁴.

4. Especialmente conmovedora y admirable es la biografía del joven **Bartolomé Blanco Márquez**, nacido en Pozoblanco el 25 de diciembre de 1914. Huérfano de madre a los tres años y de padre a los once, fue educado por sus tíos. Estudió en la escuela pública, que hubo de abandonar a los doce años para trabajar como sillero con un primo suyo. Frecuentó el Oratorio festivo del Colegio salesiano, del que fue catequista. Dotado de una extraordinaria inteligencia y de un deseo grande de formarse, contó con la ayuda inestimable del P. Antonio Muiño, director del Colegio, que fue además su director espiritual. En 1932 se fundó en Pozoblanco la Juventud Masculina de Acción Católica, de la que fue secretario. En esta época se interesa por la Doctrina Social de la Iglesia, lee cuanto está a su alcance e inicia el apostolado entre los obreros valiéndose de sus extraordinarias dotes como orador. En enero de 1934 es presentado en Madrid a D. Ángel Herrera Oria, futuro Obispo de Málaga y Cardenal, quien le facilita su participación en un curso de formación en el Instituto Social Obrero. Ello le permite hacer un viaje al extranjero junto con otros once compañeros para conocer de cerca las organizaciones obreras católicas de Francia, Bélgica y Holanda. A su vuelta a Pozoblanco, en poco más de un año, funda ocho sindicatos católicos en otras tantas poblaciones de la provincia de Córdoba.

El manantial de su actividad desbordante y de su ardor apostólico fue su sólida vida interior, centrada en la oración, en el amor a la Eucaristía, en la participación asidua en los sacramentos, en la devoción a la Virgen, en la dirección espiritual y en los ejercicios espirituales, como él mismo nos descubre en su plan de vida. Iniciada la contienda civil, fue detenido el 18 de agosto de 1936 por su condición de dirigente católico. En la cárcel de Pozoblanco su comportamiento fue ejemplar. Se preparó al martirio con intensa piedad. Jamás perdió la serenidad ni el buen humor. El 24 de septiembre fue trasladado a la cárcel de Jaén, donde es juzgado el 29 por su condición de propagandista católico. Se defendió solo ante el tribunal. El juez y el secretario quedaron admirados de su elocuencia y de la firmeza con que defendió sus profundas convicciones religiosas. Trataron incluso de ganarlo para su causa al comprobar sus cualidades como líder social. No lo consiguieron. Al serle comunicada la sentencia se limitó a responder: “*Habéis creído hacerme mal y al contrario me hacéis un bien porque me cinceláis una corona*”. Antes de entrar en la celda reservada a los condenados a muerte, repartió su indumentaria entre los encarcelados necesitados, mientras confortaba a otros condenados. Un testigo presencial asegura que “*era tanta su alegría que parecía dar la impresión de ir a un banquete o a una boda*”.

En la mañana del 2 de octubre, antes de ser conducido al camión que le iba a llevar al lugar de la ejecución, se descalzó. Él mismo explicó este gesto a quienes lo conducían: “*Jesucristo fue descalzo al calvario; así quiero ir yo también*”. Antes había besado las esposas que le ponía un guardia de asalto mientras pronunciaba estas palabras: “*Beso estas cadenas que me han de abrir las puertas del cielo*”. Ya en el lugar de la ejecución, no quiso que le vendaran los ojos. Murió de pie, junto a una encina, con los brazos en cruz, perdonando a quienes lo mataban, mientras gritaba “*¡Viva Cristo Rey!*”. Tenía veintiún años. Sus restos se guardan en la iglesia del Colegio salesiano de Pozoblanco.

5. De su grandeza de alma, de su fortaleza en el martirio y de sus sentimientos de perdón hacia sus verdugos dan fe dos cartas conmovedoras escritas en la víspera de su muerte, que transcribo a continuación, convencido del gran bien que su lectura puede hacernos a todos, especialmente a los jóvenes. Su corrección formal revela una formación poco común en un joven obrero, pero sobre todo revelan un amor ardiente a Jesucristo y una fe y unas convicciones cristianas profundamente arraigadas⁵. La primera está dirigida a sus tías y primos y su contenido es el siguiente:

“*Queridas tías y primos: Cuando me faltan horas para gozar de la inefable dicha de los bienaventurados, quiero dedicaros mi último y postrer recuerdo con esta carta. ¡Qué muerte tan dulce la de este perseguido por la justicia! Dios me hace favores que no merezco proporcionándome esta gran alegría de morir en su Gracia. He encargado el ataúd a un funerario y arreglado para que me entierren en nicho; ya os comunicarán el número de dicho nicho. Hago todas estas preparaciones con una tranquilidad absoluta; y claro está que esto*

que sólo puede conseguirse por mis creencias cristianas, os lo explicaréis aún mejor cuando os diga que estoy acompañado de quince sacerdotes que endulzan mis últimos momentos con sus consuelos. Miro a la muerte de frente, y no me asusta, porque sé que el Tribunal de Dios jamás se equivoca y que invocando la Misericordia Divina conseguiré el perdón de mis culpas por los merecimientos de la Pasión de Cristo. Conozco a todos mis acusadores; día llegará que vosotros también los conozcáis, pero en mi comportamiento habéis de encontrar ejemplo, no por ser mío, sino porque muy cerca de la muerte me siento también muy próximo a Dios Nuestro Señor, y mi comportamiento con respecto a mis acusadores es de misericordia y perdón. Sea ésta mi última voluntad: perdón, perdón y perdón; pero indulgencia que quiero vaya acompañada del deseo de hacerles todo el bien posible. Así pues, os pido que me venguéis con la venganza del cristiano: devolviéndoles mucho bien a quienes han intentado hacerme mal. Si algunos de mis trabajos (fichas, documentos, artículos, etc.), interesaran a alguien y pudieran servir para propagación del catolicismo, entregárselos y que los use en provecho de la Religión. No puedo dirigirme a ninguno de vosotros en particular, porque sería interminable. En general sólo quiero que continuéis como siempre: comportándoos como buenos católicos. Y sobre todo a mi ahijadita tratadla con el mayor esmero en cuanto a educación; yo que no puedo cumplir este deber de padrino en la tierra, seré su padrino desde el cielo e imploraré porque sea modelo de mujeres católicas y españolas. Si cuando las circunstancias lleguen a normalizarse podéis, haréis lo posible porque mis restos sean trasladados con los de mi madre; si ello significa un sacrificio grande, no lo hagáis; me parece que estoy en uno de mis frecuentes viajes y espero encontrarme con todos en el sitio a donde embarcaré dentro de poco: en el cielo. Allí os espero a todos y desde allí pediré por vuestra salvación. Sírvaos de tranquilidad el saber que la mía, en las últimas horas, es absoluta por mi confianza en Dios. Hasta el cielo. Os abrazo a todos. Bartolomé”.

La segunda, dirigida a su novia, es todavía más conmovedora. Refleja igualmente sus profundas convicciones religiosas, un amor tierno y limpio a la que hubiera sido su esposa y una fe inquebrantable en la vida eterna. He aquí el precioso texto:

“Maruja del alma: Tu recuerdo me acompañará a la tumba y mientras haya un latido en mi corazón, éste palpitará en cariño hacia ti. Dios ha querido sublimar estos afectos terrenales ennobleciéndolos cuando los amamos en Él. Por eso, aunque en mis últimos días Dios es mi lumbrera y mi anhelo, no impide para que el recuerdo de la persona más querida me acompañe hasta la hora de la muerte. Estoy asistido por muchos sacerdotes que cual bálsamo benéfico van derramando los tesoros de la Gracia dentro de mi alma, fortificándola; miro la muerte de cara y en verdad te digo que ni me asusta ni la temo. Mi sentencia en el tribunal de los hombres será mi mayor defensa ante el Tribunal de Dios; ellos, al querer denigrarme, me han ennoblecido; al querer sen-

tenciarme, me han absuelto y, al intentar perderme, me han salvado. ¿Me entiendes?... Claro está, puesto que al maltratarme me dan la verdadera vida y al condenarme por defender siempre los altos ideales de Religión, Patria y Familia, me abren de par en par las puertas de los cielos. Mis restos serán inhumados en un nicho de este cementerio de Jaén; cuando me quedan pocas horas para el definitivo reposo, sólo quiero pedirte una cosa: que en recuerdo del amor que nos tuvimos y que en este instante se acrecienta, atiendas como objetivo principal a la salvación de tu alma, porque de esa manera conseguiremos reunirnos en el cielo para toda la eternidad, donde nada nos separará. Hasta entonces pues, Maruja de mi alma. No olvides que desde el cielo te miro y procura ser modelo de mujeres cristianas, pues al final de la partida de nada sirven los bienes y goces terrenales si no acertamos a salvar el alma. Un pensamiento de reconocimiento para toda tu familia y para ti todo mi amor sublimado en las horas de la muerte. No me olvides, Maruja mía, y que mi recuerdo te sirva siempre para tener presente que existe otra vida mejor y que el conseguirla debe ser la máxima aspiración. Sé fuerte y rehace tu vida, eres joven y buena y tendrás la ayuda de Dios que yo imploraré desde su Reino. Hasta la eternidad, pues, donde continuaremos amándonos por los siglos de los siglos. Bartolomé”.

¡Que ejemplo más luminoso el de este joven militante obrero cristiano de Pozoblanco para los jóvenes de nuestra Diócesis y muy especialmente para los jóvenes de Acción Católica, que con la ayuda de Dios tratamos de potenciar, y para los miembros de la JOC diocesana!

II. Mártires vinculados a nuestra Diócesis.

6. Guardan especial relación con nuestra Diócesis los siete mártires franciscanos de Fuente Obejuna, cuyas reliquias tenemos el privilegio de custodiar en la iglesia del convento de San Francisco de la citada población. Estos son sus nombres y los datos sumarios de sus biografías:

- **P. Félix Echevarría Gorostiaga.** Nació en Ceánuri (Vizcaya) el 15 de julio de 1893. Era el mayor de tres hermanos, todos religiosos. Fue ordenado sacerdote el 16 de julio de 1916. Superior de la comunidad franciscana de Fuente Obejuna, se distinguió por su arrollador celo apostólico, y su amor a la predicación y al confesionario. Junto con cinco de sus compañeros fue martirizado en Azuaga (Badajoz) el 22 de septiembre de 1936.
- **P. José María Azurmendi de Larrínaga.** Nació en Durango (Vizcaya) el 18 de agosto de 1870. Ordenado sacerdote en Sevilla el 30 de mayo de 1896, trabajó durante trece años en la Custodia de Tierra Santa. Estuvo destinado cuatro años en Puente Genil. Formó parte de la comunidad franciscana de Fuente Obejuna desde 1931. Fue martirizado en la cárcel de Azuaga un día antes que sus compañeros, a mediodía del 21 de septiembre de 1938, al negarse a blasfemar y al grito de “¡Viva Cristo Rey!”

- **P. Francisco Jesús Carlés González.** Nació en San Julián de Requejo (Pontevedra) el 14 de enero de 1894. Fue ordenado sacerdote en Córdoba el 2 de junio de 1917. Estuvo destinado en la Custodia de los Santos Lugares y trabajó apostólicamente en Alepo (Siria). En mayo de 1935 fue enviado a Fuente Obejuna. Junto con sus compañeros, sufrió el martirio en Azuaga el 22 de septiembre de 1936.
- **P. Luis Echevarría Gorostiaga.** Como su hermano Felix, nació en Ceánuri (Vizcaya) el 25 de agosto de 1895. Fue ordenado sacerdote el 29 de mayo de 1920. Fue profesor en el colegio franciscano de Puente Genil. Destinado a Tierra Santa en 1923, sirvió a la Custodia en el Santo Sepulcro de Jerusalén y en la basílica de la Anunciación de Nazareth. Llegó a Fuente Obejuna en 1931. Su trabajo apostólico con los jóvenes dejó una profunda huella. Fue también martirizado en Azuaga el 22 de septiembre de 1936.
- **Hno. Simón Miguel Rodríguez.** Nació en Villalcampo (Zamora) el 23 de noviembre de 1912. El 3 de diciembre de 1930 vistió el hábito franciscano, pidiendo ser hermano lego. Sirvió en diversos ministerios en los conventos de Puente Genil y Fuente Ovejuna. En ambos se distinguió por su laboriosidad, humildad y espíritu de servicio. Recibió la gracia del martirio en Azuaga en 22 de septiembre de 1936. Contaba 23 años.
- **Hno. Miguel Zarragua Iturrizaga.** Nació en Yurreta (Vizcaya) el 11 de abril de 1870. Emitió sus votos solemnes el 9 de septiembre de 1893. Sirvió en la Misión de Marruecos y en los conventos de Chipiona y Fuente Obejuna. Fue modelo de hermano lego franciscano: humilde, afable y sencillo. Se distinguió por su mansedumbre y dulzura. Ya en vida gozó de una auténtica fama de santidad. Fue martirizado con sus compañeros en Azuaga el 22 de septiembre de 1936 a la edad de 66 años.
- **Hno. Antonio Sáez de Ibarra López.** Nació en Hijoña (Álava) el 25 de marzo de 1914. Emitió su profesión solemne el 26 de agosto de 1932. Era estudiante de filosofía cuando fue enviado a Fuente Obejuna por razones de salud. Allí le sorprendió la persecución religiosa. Recibió la palma del martirio con sus compañeros en Azuaga el 22 de septiembre de 1936. Tenía 22 años.

Otros trece mártires están vinculados a nuestra Diócesis por diversas causas. Seis cursaron en ella sus estudios⁶ y siete desarrollaron aquí su actividad pastoral⁷.

III. Gloria de nuestra Iglesia diocesana.

7. Todos ellos, y muy especialmente aquellos que nacieron en nuestra Diócesis, amplían la larga lista encabezada por los santos Acisclo, Victoria, Fausto, Genaro, Marcial y Zoilo, martirizados en la persecución de Diocleciano (año 304), y de la que forman parte San Eulogio, San Pelagio y los demás testigos de la fe de la época mo-

zárabe⁸, los misioneros mártires Santo Domingo Henares y el Beato Nicolás Alberca⁹, y los mártires del siglo XX ya beatificados por la Iglesia, entre ellos Victoria Díez y José María Peris¹⁰. Unos y otros constituyen nuestra tradición más preciosa y son honra y gloria de nuestra Iglesia diocesana. Todos ellos, junto con los demás santos cordobeses de todas las épocas, son para nosotros un auténtico patrimonio de santidad¹¹, al que pertenecen también el centenar largo de sacerdotes, seminaristas y laicos que recibieron la palma del martirio en la persecución religiosa de 1934-1939, cuya Causa conjunta está preparando el Secretariado Diocesano para las Causas de los Santos y que esperamos abrir solemnemente en los próximos meses.

8. Los nuevos beatos se suman a este patrimonio espiritual excepcional. Por ello, en la ceremonia que el próximo día 28 de octubre vamos a vivir en Roma y en las Eucaristías de acción de gracias que celebraremos posteriormente, daremos gracias a Dios por los frutos de santidad atesorados por estos hermanos nuestros que supieron acoger sin reservas el amor de Dios y permanecieron fieles al Señor hasta la muerte. Él es en último término el origen y causa de la fortaleza de los mártires. En el heroísmo con que afrontaron la muerte violenta e injusta brilla el poder de Dios, su misericordia y su fidelidad y el triunfo de la gracia sobre la fragilidad humana. Ellos triunfaron en la prueba *“en virtud de la sangre del Cordero”*, que permitió que *“no amaran tanto su vida que temieran la muerte”* (Apoc 12, 11). Es justo, pues, que demos gloria a Cristo, corona de los mártires, y por Cristo al Padre, que es admirable siempre en sus santos. Daremos también gracias a Dios por ser hijos de esta Iglesia particular, tan rica y venerable por la santidad y el testimonio de sus miembros más eminentes que son los santos, algo que si es timbre de gloria y orgullo, entraña también un verdadero compromiso si queremos estar a la altura de nuestros predecesores en la fe.

IV. Los nuevos beatos, modelos de vida cristiana.

9. La beatificación de tan gran número de mártires, y en concreto de los más próximos a nosotros por las circunstancias aludidas, debe constituir un acontecimiento de gracia para todos y un estímulo para ser cada día más fieles al Señor. Efectivamente, como rezamos en uno de los prefacios de los santos, a través de su *testimonio admirable, el Señor fecunda sin cesar a su Iglesia, con vitalidad siempre nueva, dándonos así pruebas evidentes de su amor. Ellos nos estimulan con su ejemplo en el camino de la vida y nos ayudan con su intercesión*¹². El testimonio de los nuevos beatos nos ayudará a fortalecer nuestra condición de discípulos y amigos del Señor, a robustecer nuestra esperanza, a acrecentar nuestra caridad hacia Dios y hacia nuestros hermanos y a revitalizar nuestro testimonio apostólico.

A partir de su beatificación, podremos tributarles culto público y encomendarnos a ellos como intercesores. Pero ya desde ahora, son para nosotros modelos y testigos del amor más grande. Todos ellos fueron cristianos de pro-

funda vida interior, devotos de la Eucaristía y de la Santísima Virgen; vivieron cerca de los pobres y fueron apóstoles convincentes de Jesucristo. En las penosísimas circunstancias que acabaron con su vida terrena, mientras les fue posible, se alimentaron con el pan eucarístico e invocaron filialmente a la Virgen con el rezo del santo Rosario. En la cárcel confortaron a sus compañeros de prisión y nunca renegaron de su condición de sacerdotes, consagrados, o cristianos laicos fervientes. Prefirieron renunciar a la vida antes que renegar de su fe o traicionar al Señor. Sufrieron con fortaleza vejaciones y torturas sin cuento y murieron perdonando a sus verdugos y orando por ellos. Vivieron los instantes finales de su vida con serenidad y alegría admirables, alabando a Dios y proclamando que Jesucristo era el único Rey y Señor de sus vidas¹³.

Los mártires franciscanos de Fuente Obejuna, los cuatro sacerdotes salesianos nacidos en la Diócesis y el sacerdote diocesano Antonio María Rodríguez Blanco, son para todos los sacerdotes y consagrados de Córdoba modelos cercanos de amor y fidelidad al Señor, de amor a su sacerdocio y la expresión más alta de la caridad pastoral del sacerdote que da la vida por sus ovejas a imitación de Jesucristo, Buen Pastor. Teresa Cejudo Redondo, esposa y madre, militante de Acción Católica con corazón de apóstol, es un referente magnífico para nuestros laicos, muy especialmente para los miembros de la Acción Católica General de Adultos de nuestra Diócesis, llamados a ser apóstoles en virtud de su bautismo y del don del Espíritu recibido en la confirmación, llamados también a dar testimonio de Cristo, como ella, en la vida pública. Por fin, la vida del joven Bartolomé Blanco Márquez, militante de Acción Católica y apóstol entre los obreros, es todo un programa de vida para los jóvenes de nuestra Diócesis, especialmente para los miembros de la rama juvenil de Acción Católica, que, a partir de su beatificación, muy bien podrían considerarlo como su patrono, como modelo de joven cristiano, piadoso, enamorado de Jesucristo, limpio, entregado, laborioso y apóstol.

V. Modelos de amor y respeto a la Ley santa de Dios.

10. En una época como la nuestra caracterizada por el desvanecimiento de los valores morales, con el testimonio de su vida y, sobre todo, con su muerte martirial, los futuros beatos nos recuerdan que nuestra fe y nuestra fidelidad al Señor exige un compromiso coherente de vida y la observancia de los mandamientos de la Ley de Dios. La rectitud moral de nuestros mártires, que prefirieron renunciar a la vida antes que ofender o traicionar a su Señor es una auténtica “*confesión*” no sólo ante Dios, sino también ante los hombres y mujeres de hoy, seducidos por el relativismo moral y el subjetivismo que afirma que no existen normas morales objetivas. En la historia de la Iglesia brillan los ejemplos de quienes prefirieron adherirse a la ley del Señor antes que aliarse con el mal. El primero fue San Juan Bautista, “*mártir de la verdad y la justicia*”¹⁴. Él fue precursor del Mesías incluso en el martirio (cfr. Mc 6, 17-29). Otro tanto podemos decir de San Esteban (Hech 7, 54-60) y del apóstol Santiago (Hech 12, 1-2), que confesaron su fe y su amor al Maestro y

no renegaron de Él. Mártires innumerables prefirieron la persecución y la muerte antes que rendir culto idolátrico al emperador (cfr. Apoc 13, 7-10), rehusando incluso simular dicho culto.

11. En este catálogo interminable, incrementado a lo largo de veinte siglos, la Iglesia va a inscribir el próximo día 28 de octubre a los 498 mártires españoles y también a nuestros mártires cordobeses, a los siete mártires franciscanos de Fuente Obejuna, a los cuatro sacerdotes salesianos nacidos en nuestra Diócesis, al sacerdote de nuestro Presbiterio, D. Antonio María Rodríguez Blanco, y a los laicos Teresa Cejudo Redondo y Bartolomé Blanco Márquez. Nos los va a proponer como modelos por haber testimoniado y defendido la verdad moral hasta el martirio, por preferir la muerte antes que cometer un solo pecado mortal. A partir de su beatificación todos ellos nos van a decir autorizadamente que el amor a Dios exige al mismo tiempo respetar sus mandamientos, incluso cuando está en riesgo la propia vida. Como nos dejara escrito el Papa Juan Pablo II en la encíclica *Veritatis Splendor*, el testimonio de los mártires tiene un valor extraordinario, no sólo para la Iglesia y los cristianos, sino también para la propia sociedad civil, puesto que nos advierte de la “*crisis más peligrosa que puede afectar al hombre: la confusión del bien y el mal, que hace imposible construir y observar el orden moral de los individuos y de las comunidades. Los mártires, y de manera más amplia todos los santos en la Iglesia, con el ejemplo elocuente y fascinador de una vida transfigurada totalmente por el esplendor de la verdad moral, iluminan cada época de la historia despertando el sentido moral. Dando testimonio del bien, ellos representan un reproche viviente para cuantos trasgreden la ley (cfr. Sab 2, 2) y hacen resonar con permanente actualidad las palabras del profeta: «¡Ay de los que llaman al mal bien, y al bien mal; que dan oscuridad por luz, y luz por oscuridad; que dan amargo por dulce, y dulce por amargo!» (Is 5, 20)*”¹⁵.

VI. Invitación a la santidad.

12. La ceremonia que tendrá lugar en Roma el 28 de octubre será una auténtica fiesta de la santidad. El martirio “*por el que el discípulo llega a hacerse semejante al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, asemejándose a Él en el derramamiento de su sangre, es considerado por la Iglesia como un supremo don y la prueba mayor de la caridad*”¹⁶. Por ser el más elocuente ejercicio de la libertad humana, es el acto más pleno de entrega y amor. Por la misma razón, el martirio es la cima de la santidad. En consecuencia, este acontecimiento nos sitúa en el corazón del misterio de la Iglesia, su santidad, y es un aldabonazo que nos recuerda a los cristianos de Córdoba, tal vez demasiado adormecidos e instalados en un cierto aburguesamiento espiritual, la llamada universal a la santidad: “*Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación*” (1 Tes 4, 3). En realidad la santidad es la primera necesidad de la Iglesia y del mundo en esta hora crucial. En momentos de crisis en la vida de la Iglesia han sido los santos quienes le han marcado las sendas de la verdadera renovación. “*Los santos, –nos*

ha dicho el Papa Benedicto XVI— *son los verdaderos reformadores... Sólo de los santos, sólo de Dios, proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo*¹⁷.

13. Para responder a la palabra de Jesús: “*Sed santos, como el Padre celestial es santo*” (Mt 5, 48) y para poder anunciar con autenticidad el Evangelio en los albores del Tercer Milenio, la Iglesia “*tiene necesidad de una nueva floración de santos, santos capaces de traducir al hoy de la Iglesia y del mundo la vida y las palabras de Cristo...; santos capaces de hacer sentir a Cristo como su contemporáneo y no como un recuerdo del pasado; santos cuyo rostro se haga epifanía de uno de los muchos rayos de luz y de gracia —las Bienaventuranzas— que emanan del rostro de Cristo resucitado; santos en los que sopla y habla el Espíritu Santo con dulzura y tenacidad al mismo tiempo, y santos en los que los hombres puedan vislumbrar el tesoro de la gracia que es Cristo depositado en la Iglesia*”¹⁸. Este es el desafío y la tarea que nos corresponde como bautizados, como consagrados y como pastores, vivir en nuestra vida personal la santidad de la Iglesia.

14. Vivimos hoy, en Europa y en España, momentos delicados, como consecuencia de la secularización creciente, del agnosticismo y del laicismo en tantos casos militante y de la pérdida de los valores morales. El único camino eficaz y definitivo para afrontar tantos y tan graves desafíos es la santidad, a la que nos invitan los nuevos mártires. Ellos, hombres y mujeres como nosotros, en un tiempo todavía próximo al nuestro, en el mismo escenario en el que se desarrolla nuestra vida, viviendo en circunstancias más difíciles que las nuestras, y teniendo como nosotros que remar contra corriente, supieron ser fieles al Señor hasta el supremo derramamiento de su sangre. El testimonio de su vida y de su muerte nos dice elocuentemente que también nosotros podemos ser santos en esta tierra. En este sentido, los futuros beatos cordobeses son “*un gran signo de esperanza*” para nuestra Iglesia diocesana. Como ha afirmado el Papa Benedicto XVI refiriéndose a los mártires del siglo XX de Oriente y Occidente, “*ellos han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución... [y] son un signo elocuente y grandioso que se nos pide contemplar e imitar. Ellos muestran la vitalidad de la Iglesia; son para ella y para la humanidad entera como una luz, porque han hecho resplandecer en las tinieblas la luz de Cristo*”¹⁹.

VII. El martirio en la vida cotidiana.

15. Como afirmaba en mi carta pastoral con motivo del XVII Centenario de los Mártires de Córdoba, lo más probable es que ninguno de nosotros tengamos el privilegio de ser hallados dignos de sufrir el martirio cruento, como los mártires que la Iglesia va a beatificar el día 28 de octubre²⁰. Todos, sin embargo, estamos llamados a ofrecer cada día al Señor nuestras vidas “*como hostia viva, santa, grata a Dios*” (Rom 12, 1; Fil 3, 3; Rom 6, 13). Todos estamos llamados a ofrendar cada día al Señor como “*sacrificio de alabanza*” (Hebr 13, 15) el trabajo, las enfermedades, nuestras limitaciones físicas o psicológicas, los sufrimientos que generan la vida familiar y

la convivencia, y también nuestras mortificaciones voluntarias, que ciertamente no están pasadas de moda. Es el martirio oculto o incruento, que tanto alaban los Padres y escritores eclesiásticos de los primeros siglos, por el que ejercemos de modo eminente nuestro sacerdocio bautismal, y que se realiza en la docilidad y obediencia a los mandamientos del Señor, inspiradas en el amor, por el cual el cristiano es un verdadero mártir a lo largo de toda su vida. En el momento presente, en el que se multiplican las faltas de respeto, los ataques, y la ridiculización continua de los sentimientos religiosos en algunos medios de comunicación social y en ciertas fiestas populares, incluso en nuestra propia Diócesis, el Señor nos pide que aceptemos por amor los desprecios e insultos que podemos encontrarnos incluso en la calle por el mero hecho de ser sacerdotes o simplemente cristianos laicos comprometidos con la Iglesia y fieles a su fe. También en estos casos estamos llamados a dar testimonio de coherencia y fortaleza ofreciendo al Señor como sacrificio agradable los sufrimientos y dificultades, que incluso en las circunstancias más ordinarias, nos impone nuestra fidelidad al Señor y al orden moral recto. El testimonio de fortaleza de nuestros mártires nos ayudará a entregar día a día la vida si queremos ser fieles a Jesucristo en el momento histórico que nos ha tocado vivir.

VIII. Evangelizar con los Santos.

16. En las vísperas de la beatificación de nuestros mártires, quisiera subrayar un aspecto importante desde la perspectiva de la Nueva Evangelización a la que todos estamos convocados: la posibilidad fecunda, que está al alcance de todos, de evangelizar con los mártires y santos, desde el testimonio elocuente y atractivo de sus vidas²¹. Efectivamente, ellos son los hijos más preclaros de la Iglesia, ellos hacen inteligible y creíble el Evangelio. Una prueba evidente es la simpatía universal que ha provocado en los últimos años la figura, la muerte y la beatificación de la Madre Teresa de Calcuta y la agonía y el fallecimiento del Papa Juan Pablo II. Ellos, por fin, embellecen el rostro de la Iglesia, en el que si es cierto que hay sombras y arrugas por los pecados y deficiencias de sus miembros, es también cierto que la luz es más intensa que las sombras y que el heroísmo de los santos, nuestros hermanos, es más fuerte que nuestro pecado y nuestra mediocridad.

Mostrar tanta hermosura es hoy, sin duda, un excelente camino de evangelización, un motivo de credibilidad, que es especialmente luminoso y atrayente en el caso de los mártires de los primeros siglos, de los siglos posteriores y muy especialmente de los mártires del siglo XX, tan próximos a nosotros cronológica y existencialmente. En todos los casos está más que justificada la pregunta que Tertuliano formulara hacia el año 200: “*¿Es posible que tantos mártires hayan muerto para nada?*”²².

17. Los santos constituyen para la Iglesia un grandioso patrimonio de vida cristiana, acumulado a lo largo de veinte siglos²³. Se trata de un tesoro de espiritualidad, de santidad y de testimonio de vida que en esta hora, más que en otros momentos de la historia de la Iglesia, es pre-

ciso mostrar y poner sobre el candelero para que alumbré a todos los de casa y también a los de fuera (Mt 5, 15). A la cabeza de este elenco deslumbrante figura Jesucristo, su fundador, seguido por los apóstoles, sus inmediatos seguidores, los mártires, los padres de la Iglesia, los eremitas, monjes, ascetas y vírgenes, los contemplativos y místicos, los grandes evangelizadores, fundadores de Iglesias y misioneros, los doctores de la Iglesia, teólogos, mendicantes, fundadores de institutos religiosos y educadores, los papas, obispos, sacerdotes y religiosos, los reyes cristianos, padres y madres de familia, esposos, héroes de la caridad, profesionales, literatos y artistas, obreros, servidores del bien común y políticos católicos.

18. Gracias a estos cristianos eminentes, la Iglesia ha atesorado a lo largo de 2000 años una experiencia inmensa de espiritualidad y de santidad. En esta hora de la Iglesia, la formación de los fieles exige no esconder bajo el celmín este rico patrimonio (Mt 5, 15). En la pedagogía de la santidad, de la que nos hablara el Papa Juan Pablo II en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, los santos están llamados a jugar un papel de primer orden²⁴. Es preciso dar a conocer sus vidas, sus escritos y su experiencia de Dios. En nuestro caso, cuánto bien haría a los jóvenes de nuestra Diócesis, y también a los menos jóvenes, una buena biografía del joven Bartolomé Blanco Márquez, en la que pudiéramos conocer el ardor apostólico que destilan sus escritos, su coherencia, su fortaleza y su amor apasionado a Jesucristo y a la Iglesia.

19. Es preciso que todos los agentes de pastoral muestren estos tesoros en la catequesis, en la formación religiosa escolar, en la homilía y en las sesiones de formación de los distintos grupos laicales. Los primeros destinatarios deben ser los niños y jóvenes, que en las biografías de los santos pueden encontrar auténticos ideales y programas de vida y magníficos ejemplos a seguir en su futuro humano y cristiano, incluso desde una perspectiva puramente civil. Sus figuras son la encarnación más perfecta de los grandes valores cívicos, la solidaridad, la compasión, el servicio a los demás, el amor, el heroísmo, la paz, el perdón, el respeto a los semejantes, el respeto a la naturaleza, etc. Hasta hace cuatro o cinco décadas eran muchas las familias cristianas que concluían la jornada con el rezo del Santo Rosario y la lectura de la vida del santo del día siguiente. Hoy, sin embargo, muchas familias, en el mejor de los casos, terminan la jornada ante la televisión, que en tantas ocasiones es el Decálogo y el Evangelio al revés. No sé si es pedir un imposible, pero merecería la pena que las familias cristianas intentaran recuperar esta hermosa costumbre.

Las vidas de mártires y santos son el verdadero espejo en el que los cristianos de hoy debemos mirarnos, muy especialmente los santos de nuestro tiempo, aquellos que, desde todas las profesiones y estados, han vivido experiencias humanas muy cercanas a las nuestras, viviendo su fe y encarnando el Evangelio de forma heroica y radical. Ellos, cualesquiera que hayan sido las circunstancias de sus vidas, sus estilos y modos de santificarse, son referentes y modelos del amor más grande y de la fidelidad más plena para los cristianos de hoy, en las variadas

condiciones en que debemos vivir nuestra vida cristiana. Por ello, su radical testimonio de Cristo debe ser un subsidio permanente en la Nueva Evangelización. A través de ellos podemos mostrar cómo Cristo sigue presente en el mundo y salva y transforma las vidas de los suyos.

20. De cara a la evangelización de los no cristianos o de los alejados, el testimonio de los mártires y santos puede constituir una primera llamada a abrir la mente y el corazón a la buena noticia del amor de Dios, pues como escribiera Pablo VI hace treinta años, “*el hombre de hoy presta más atención a los testigos que a los maestros; o si escucha a los maestros, lo hace porque son testigos*”²⁵. Los santos constituyen un signo cargado de interrogantes profundos para los que no creen, una interpelación y, en ocasiones, un camino para descubrir el rostro de Dios, que se ha encarnado y ha tomado forma en los rostros y en las vidas de aquellos que han hecho de Cristo la razón de su propia existencia. En efecto, como nos dice la Constitución *Lumen Gentium*, “*en la vida de aquellos que, siendo hombres como nosotros, se transforman con mayor perfección en imagen de Cristo (Cfr. 2 Cor 2, 18), Dios manifiesta a lo vivo ante los hombres su presencia y su rostro*”²⁶. Y es que de la misma forma que en el rostro del niño se adivinan enseguida los rasgos del rostro de su padre, de forma análoga los rasgos del rostro de Cristo se traslucen en los santos, que de acuerdo con la célebre expresión de Orígenes, son “*imagen de la imagen*”, es decir, del Hijo, imagen del Padre²⁷. Los santos son los hombres que ofrecen continuamente su propio rostro a Cristo para que en ellos pueda seguir hablando al mundo.

A la intercesión de los nuevos Beatos cordobeses encomendamos nuestra Iglesia diocesana: la santidad de nuestros sacerdotes, consagrados y seminaristas, el crecimiento en la fe de nuestros niños y jóvenes, la unidad y fidelidad de los matrimonios y la fe y la esperanza de nuestros ancianos y enfermos. Que todos conservemos piadosamente la memoria de estos testigos de la verdad, de la firmeza en la fe, de la caridad y del amor más grande, un amor que cuando es conocido, atrae, convierte y salva.

Antes de concluir esta carta pastoral, quiero pedir a los sacerdotes, catequistas, profesores de Religión y demás colaboradores en la pastoral diocesana que den noticia a los fieles del acontecimiento que tendrá lugar en Roma el próximo 28 de octubre y les muestren el testimonio luminoso de las vidas de los nuevos beatos. Pueden servirse para ello de esta carta o de las catequesis publicadas con esta ocasión por nuestra Conferencia Episcopal y que todas las parroquias han recibido. Para todos, mi saludo fraterno y mi bendición.

Córdoba, 14 de septiembre de 2007
Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz

+ Juan I. Asejo
Ob. de Córdoba

NOTAS

¹ Cfr. “*Vosotros sois la luz del mundo*” (Mt 5,14). *Mensaje de la LXXXIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española con motivo de la Beatificación de 498 Mártires del siglo XX en España* (Roma, 28 de octubre de 2007), n.4.

² Los datos biográficos están tomados de la obra titulada *Quiénes son y de donde vienen. 498 mártires del siglo XX en España*, preparada por M^a ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ y publicada por la Conferencia Episcopal Española, Madrid, Edice 2007. Cfr. también NIETO CUMPLIDO M. y SÁNCHEZ GARCÍA, L. E., *La persecución religiosa en Córdoba (1931-1939)*, Córdoba 1998.

³ Cfr. NIETO CUMPLIDO, M. y SÁNCHEZ GARCÍA, L. E., o. c., p. 744-755.

⁴ Cfr. NIETO CUMPLIDO, M. y SÁNCHEZ GARCÍA, L. E., o. c., p. 990-993.

⁵ Forman parte de la *positio* de su causa de beatificación: *Congregatio de Causis Sanctorum* (p. n. 872). *Hispalen. Beatificationis seu declarationis martyrii Servorum Dei Antonii Torrero et XX Sociorum e Societate Sancti Francisci Salesii (+1936). Positio super martirio*, Roma, Tip. Guerra, 1995. Fueron publicadas en extracto por MONS. ANTONIO MONTERO en su *Historia de la persecución religiosa en España 1936-39*, BAC, Madrid 1961, p. 557. Cfr. también NIETO CUMPLIDO, M. y SÁNCHEZ GARCÍA, L. E., o. c., p. 984-988.

⁶ Es el caso de los padres trinitarios **Juan Otazua y Madariaga** (+ en Mancha Real [Jaén] 3, IV, 1937), **Luis de Erdoiza y Zamalloa** (+ en Cuenca, 25, VIII, 1936), **Melchor Rodríguez Villastrigo** (+ en Cuenca, 24, IX, 1936) y **Prudencio Guéréquiz y Guezuraga** (+ en Andujar [Jaén], 31, VII, 1936). A este grupo pertenecen también dos sacerdotes salesianos **Juan Luis Hernández Medina** y **Pablo Caballero López**, martirizados ambos en Ronda (Málaga) el 28 de julio de 1936.

⁷ Se trata de los sacerdotes salesianos **Félix Paco Escartín** (+ en Málaga, 31, VIII, 1936), **Manuel Fernández Ferro** (+ en Málaga, 24, VIII, 1936) y **Manuel Gómez Contioso** (+ en Málaga, 24, VIII, 1936). A este grupo pertenecen además los sacerdotes trinitarios **Segundo García Cabezas** (+ en Andujar, 31, VII, 1936) y **José Vicente de Ormaechea y Apoitia** (+ en Villanueva del Arzobispo [Jaén], 4, IX, 1936) y también los hermanos maristas **José Mir Pons** y **Néstor Vivar Valdivielso**, martirizados ambos en el cementerio de Montcada (Barcelona) el 8 de octubre de 1936.

⁸ Cfr. la relación completa en mi carta pastoral “*Sin la Eucaristía no podemos vivir*” de 8 de septiembre de 2005, nota 3. Cfr. especialmente NIETO CUMPLIDO, M., *Córdoba, patrimonio de santidad*, Córdoba 2004, y la publicación de carácter divulgativo, pero sumamente estimable, preparada por M. J. MUÑOZ LÓPEZ con el título *Testigos de Cristo. Los mártires de Córdoba*, Córdoba 2005, destinada al gran público.

⁹ Santo Domingo Henares, obispo dominico nacido en Baena, fue martirizado en Vietnam en 1838, y el Beato Nicolás María Alberca, presbítero franciscano nacido en Aguilar de la Frontera, sufrió el martirio en Damasco en 1860 (Cfr. NIETO CUMPLIDO, o.c., p. 142-151).

¹⁰ Encabeza la lista la Beata Victoria Díez, laica, miembro de la Institución Teresiana (+ 12 de agosto de 1936) y la completan el Beato José María Peris, Operario Diocesano y Rector del Seminario de San Pelagio (+ 15 de agosto de 1936), el Beato José Mora Velasco, presbítero, de la Orden Hospitalaria (+ 28 de noviembre de 1936), y las escolapias Beatas María de la

Iglesia Varo (+ 19 de septiembre de 1936) y María Luisa Girón Romera (+ 8 de agosto de 1936). Cfr. NIETO COMPLIDO, o.c., p. 154-170.

¹¹ Esta expresión se debe a M. NIETO CUMPLIDO y figura como título del libro citado en la nota 8.

¹² *Prefacio II de los Santos del Misal Romano*, Coeditores litúrgicos, 1988, p. 489.

¹³ Cfr. “*Vosotros sois la luz del mundo*” (Mt 5,14). *Mensaje de la LXXXIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española con motivo de la Beatificación de 498 Mártires del siglo XX en España* (Roma, 28 de octubre de 2007), n. 2.

¹⁴ Oración colecta de la memoria del Martirio de San Juan Bautista, 29 de agosto.

¹⁵ N. 93. Cfr. también n. 91.

¹⁶ Cfr. Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 42.

¹⁷ Homilía en la vigilia celebrada el 20 de agosto en la explanada de Marienfeld (Colonia) con motivo de las XX Jornadas Mundiales de la Juventud. A continuación, añadió el Papa: “*En el siglo pasado hemos vivido revoluciones cuyo programa común fue no esperar nada de Dios, sino tomar totalmente en las propias manos la causa del mundo para transformar sus condiciones. Y hemos visto que, de este modo, un punto de vista humano y parcial se tomó como criterio absoluto de orientación. La absolutización de lo que no es absoluto, sino relativo, se llama totalitarismo. No libera al hombre, sino que le priva de su dignidad y lo esclaviza. No son las ideologías las que salvan el mundo, sino sólo dirigir la mirada al Dios viviente, que es nuestro creador, el garante de nuestra libertad, el garante de lo que es realmente bueno y auténtico. La revolución verdadera consiste únicamente en mirar a Dios, que es la medida de lo que es justo y, al mismo tiempo, es el amor eterno. Y, ¿qué puede salvarnos, si no es el amor?*”.

¹⁸ CAZZAGO, A., *Santos y santidad en el magisterio de Juan Pablo II*, en “*Communio*”, 25, abril-junio 2003, p. 139.

¹⁹ Alocución del Ángelus en la fiesta de San Esteban, 26, XII, 2005.

²⁰ Cfr. mi carta pastoral “*Sin la Eucaristía no podemos vivir*” de 8 de septiembre de 2005, n. 5.

²¹ Cfr. mi trabajo titulado *Santidad canonizada y evangelización*, en *Planteamiento y métodos de las causas de los Santos*, Edice, Madrid 2004, p. 173-188.

²² “*De praescriptione haereticorum*”, 29.

²³ Cfr. NOVAK, E., *La nuova evangelizzazione con i Santi*, publicado por el *Studium* de la Congregación para las Causas de los Santos, XVIII curso, año académico 2001-2002, p. 8-9.

²⁴ NMI, 31.

²⁵ *Discurso a los miembros del “Consilium de laicis”*, 2, X, 1974, AAS 66(1974), p. 568.

²⁶ LG 50; Cfr. CAZZAGO, A., *Ibidem*, p.147

²⁷ ORÍGENES, *La oración*, 22,4.